Z de Zía

Heiner Flores Bermúdez

Image not found.

Capítulo 1

Declive

La gran mayoría de las historias son similares: Un héroe deja su hogar para salvar al mundo. Esta no es una de esas. Ya no hay ningún mundo que salvar o, mejor dicho, no hay muchos que puedan disfrutarlo, y los que aún están con vida quizá no lo merezcan. Ahora todos son salvajes y despiadados. Es la única razón por la que siguen con vida. El virus verdaderamente acabó con la humanidad. Solo quedan monstruos sedientos de sangre, y por supuesto, también están los muertos vivientes. Criaturas malolientes y torpes, cuyo único fin es consumir presas vivas y, ocasionalmente, alguna muerta. Pero por supuesto, todo eso ya lo sabes.

Esta es tu historia… No, no debería decir eso. Esta es la historia de Alex. ¿Y qué puedo decir de Alex? Él es… una persona peculiar… Sí, peculiar. Y quizá pienses que esta no sea una descripción detallada, pero una vez que lo conoces descubres que es adecuada.

Sus motivaciones son sencillas de comprender: Quiere salvar a alguien. Ya nada más le importa. Supongo que ese virus lo liberó del engaño en que vivía. En el que todos vivían. Ya nadie tiene hipotecas o cuentas por pagar. No más conversaciones sin sentido en la fila del supermercado. Ya no es necesario mantener apariencias. Adiós a esos ridículos trajes.

Ahora Alex no tiene que escuchar a quien no quiere. Ya nadie lo mira con desprecio y si lo hacen, no podrán salirse con la suya. Ahora siente que el mundo es suyo.

Pero no es feliz. Aún siente un vacío. Algo le hace falta: Una persona.

Cuando el ataque sucedió, él estaba visitando a su familia. A sus primos, a su abuela y a sus tíos; una familia bastante grande.

Aviones volaron encima de las ciudades. Algunos fueron derribados, pero otros no; cargaban aquella terrible sustancia creada con el único fin de acabar con la civilización.

Las hélices de los helicópteros retumbaron en sus oídos. Un enjambre de aves de metal surcó los cielos con rumbo desconocido, mientras las sirenas anunciaban el terrible derramamiento de sangre. El fin del mundo había comenzado.

Afortunadamente, la casa de su abuela estaba lejos de la gran ciudad, lejos del explosivo caos. En el campo, en donde todo es verde y el bullicio

se disipa entre los árboles.

«Debemos apresúranos», le dijo uno de sus tíos. Conocía muy bien el pueblo cercano. Había una armería que los proveería con el único recurso que les daría algún tipo de ventaja para sobrevivir.

Alex aún era aquel joven tímido y precavido. Cuando él, su tío, y algunos de sus primos pisaron el pueblo y observaron los primeros despojos de las recién ascendidas bestias, sintió miedo.

Él mismo hubiera pensado que el sentimiento perduraría, que quizá no sobreviviría a la experiencia, pero aquello fue algo pasajero, había nacido para el nuevo mundo.

Era la primera vez que disparaba un arma. ¿Su blanco? La cabeza de una de las bestias. Fue entonces que se sintió parte del universo. Ya no era ese forastero incomprendido. No era la oveja negra de la familia, al que miraban con perjuicio solo porque era diferente. Sí, en el nuevo mundo, él era mejor.

Claro, el pueblo les ofreció aquello que buscaban, las armas, no sin antes tomar algunos soldados para su ejército de muertos. Impetuosos furores y sombríos lamentos. Fue violento y desesperante. Uno por uno cayó en aquel gris lugar. Alex y su tío eran los únicos que quedaban. Los demás habían muerto. Era momento de volver a la casa de su abuela. Volver junto al resto de su familia. Ahí estaban los más vulnerables, y ellos dos eran los únicos capaces de protegerlos.

No quisiera hacer énfasis en la dramática escena que se desarrolló en la casa de su abuela cuando el resto de la familia se enteró de las más recientes pérdidas, pero es obligatorio que lo haga. Las lágrimas y suspiros de desesperación obligaron a Alex a quedarse. Verás, Alex no planeaba estar mucho tiempo en ese lugar. Tenía que volver a la ciudad pronto. Tenía que buscar a alguien. A esa persona que tanta falta le hacía.

Ella no estaba con él cuando todo empezó. Ahora no podía sacarla de su cabeza. Zia. La dulce Zia. ¿Dónde estaba? ¿Cómo se encontraría? ¿A salvo? El temor de nunca tener certeza del destino de la joven solo era superado por el terror de encontrarla ya convertida en una de esas criaturas.

«Creo que, aun así, debo irme», se dijo a sí mismo. Luchaba con la decisión de dejar a su familia para seguir lo que bien podría ser un fantasma.

«Es demasiado tarde. La ciudad ha caído», le dijo su tío, intentando convencerlo para que no se marchara, para que se quedara un poco más.

«Pero no puedo quedarme. Zia me necesita», reprochó Alex. Pero su tío insistió. Le hizo ver que su familia también lo necesitaba, que el grupo era más fuerte con él y su tío, juntos, al mando. Ellos eran reales, estaban ahí frente a sus ojos, Zia quizá ya no existía. «Te necesito, Alex. Nos necesitan». Ambos habían demostrado su valor en el pueblo.

—Bien —le dijo Alex, después de una larga plática—, me quedaré, pero iremos a la ciudad. Iremos todos juntos. Debo encontrar a Zia.

—Trato hecho.

Y así empezó su travesía a través de kilómetros de campo abierto. Un nutrido grupo de personas; más de veinte al principio, luchando contra el cansancio, el hambre, los hombres, y las bestias. ¿Cuántas personas asesinaron Alex y su tío para mantenerlos con vida? Ya perdió la cuenta. Un número solo superado por la cantidad de muertos vivientes eliminados para siempre.

El asesinato no era lo único que Alex hacía por primera vez. Tuvo que aprender a subsistir comiendo cosas que jamás imaginó. Todo para mantenerse con vida. Y no era por un egoísta capricho, no como el resto de su familia, quienes solo pensaban en ellos mismos, en sobrevivir. Él no era así. Todo lo que quería era aguantar un poco más para encontrar a Zia. ¿Recuerdas que ya lo había dicho? Ella era su única motivación. Deseaba mirar a los ojos de aquella persona que tanto amaba. Iba a encontrarla pasara lo que pasara. Y fue ella la que tantas veces le dio fuerzas para continuar.

Aún cargaba a cuestas con su desagradecida familia. Sabía que muchos de ellos no daban nada por él antes del fin del mundo, pero como ahora lo necesitaban no lo cambiaban por nadie. Miraba a esas personas que salvaba todos los días sin que lo merecieran y empezaba a sentir frustración. Los días seguían su marcha sin siquiera acercarse un poco a la posibilidad de encontrar a Zia.

Aquel día en particular, después de pasar varios sin comer, él y su familia se acercaron a una gran casa. Miraban desde una colina cubierta con árboles. A través de unos binoculares miraron la blanca y lujosa mansión. Los grandes jardines estaban rodeados por altos muros. ¿La única entrada? Un portón que daba paso a un largo camino de baldosas de piedra de hermosos tallados hasta la puerta principal de la mansión. ¿El problema? Estaba plagado de muertos vivientes. Los antiguos propietarios debieron haber dado refugio a muchas personas. Quizá ese fue su error. Ya no quedaba ningún humano ahí.

—Es muy peligroso —dijo Alex.

—Él tiene razón —siguió su tío.

Pero su familia insistía. Deseaban comer algo y estaban seguros de que en esa fina residencia encontrarían todo lo que necesitaban. ¿Lo peor de todo? Ninguno se atrevía a ayudar a Alex y a su tío. Pretendían enviarlos solos a la matanza y esperarlos seguros desde la distancia.

Dieron estúpidas escusas, como que solo estorbarían y que no serían capaces de hacer nada. Y aunque solo lo decían por egoístas motivos, era cierto, Alex concordaba con ello.

—Son unos cobardes —les dijo.

Tomó su cuchillo y su revólver y empezó a bajar la colina hacia el portón de la elegante morada. Detrás de él, su tío. El único hombre valiente que quedaba en el grupo además de él.

El alto portón no representó ningún problema para la agilidad de ambos. Una vez dentro la lucha comenzó.

Los rugidos de las bestias ya no le causaban ninguna emoción. Se habían vuelto simples suspiros de agonía para él. Uno de ellos se abalanzó hacia su cuello, pero Alex se movió con agilidad hacia un lado… y luego hacia otro, cuando otra de esas criaturas intentaba morderlo. Con increíble rapidez, movió su cuchillo hacia a ambos lados tan sutilmente, que apenas pareció agitarse. Una bella técnica que continuó ejercitando una y otra vez mientras avanzaba.

Su tío no se quedaba atrás. Era un hombre formidable, la única persona que merecía el respeto de Alex. Traía un pesado martillo, un arma apropiada para sus poderosos brazos. Una máquina de destrucción.

Cuando estuvieron a la mitad del camino, descubrieron que los muertos vivientes estaban por doquier. Fue cuando empezó el espectáculo. Disparos, golpes y puñaladas. Todos en perfecto balance, en una fascinante danza por sus vidas. Y aunque cualquiera hubiera lucido aterrado, Alex solo parecía molesto. El recuerdo de Zia lo atormentaba. Ella perdida en algún lugar y él ahí, buscando refugio a personas que ya no le interesaban.

Varios minutos después, los jardines estaban despejados y ellos cubiertos de sangre, o de esa podrida sustancia que sale de los cuerpos de esas malolientes criaturas. No era el fin, sin embargo, aún debían entrar a la vivienda y despejar el interior.

—Alex, espera —dijo su tío preocupado por su sobrino quien no parecía

querer tomarse ni un respiro.

—Tengo prisa —contestó el joven, justo antes de derribar la puerta.

Aunque la gran casa no estaba tan atestada como los jardines, debieron esforzarse para barrerla por completo de la indeseable plaga.

Casi una hora después, ya toda su familia estaba dentro. Como sospechaban, las alacenas de la mansión estaban colmadas de comida. Una vez más, Alex y su tío habían salvado a su grupo.

—Yo quiero comer eso —dijo alguien.

—Yo escojo aquello —dijo otro.

Todos se peleaban el botín, olvidando a Alex y a su tío, los que más lo merecían.

Adivinando que comería de último, Alex decidió explorar la mansión. Fue una verdadera sorpresa encontrar una planta eléctrica. Con algo de combustible podría abastecer a toda la residencia y ellos tenían suficiente. Después de un momento ya todo estaba listo. Disfrutaban de la electricidad por primera vez en mucho tiempo.

La jornada había sido agotadora y ahora que la mansión contaba con electricidad, Alex solo pensó en darse una ducha caliente. Pero cuando intentaba hacerlo, una de sus primas se apresuró a tomar su lugar. Una vez más no se le daba el valor que, sentía, se merecía.

Otra vez pensó en Zia, la amable Zia, sola en un mundo de nadie, mientras él cuidaba de desagradecidas sanguijuelas que no hacían más que retrasar su avance. Fue la gota que rebasó el vaso.

—Lo siento, tío —le dijo frente al resto de su familia—, hasta aquí llego yo. He dado todo por un grupo que no lo aprecia. Zia me necesita.

—No te vayas, Alex. Te necesito. Tu familia te necesita.

—Estas miserables personas no merecen estar con vida. No merecen que las cuidemos. Si quieres quedarte con ellos lo respeto, pero yo me voy ahora mismo.

Algunos intentaron detenerlo, pero Alex ya estaba decidido. Todos lucían aterrados; aquel que tanto luchó para mantenerlos con vida, los dejaba.

—¿Vas a abandonar a tu familia? —preguntó su tío. Lo seguía, intentando

hacerle cambiar de parecer—. ¿Puedes hacerles esto a estas personas?

—Los he salvado muchas veces. Deberían estar agradecidos.

—No puedo hacerlo solo.

—Ese ya no es mi problema.

Alex tomó algunas provisiones y salió de la mansión. Saltó el portón y se perdió de vista. Iba en busca de Zia, el amor de su vida. La única persona que le importaba. Ya no permitiría que nadie retrasara su encuentro.

Capítulo 2

Ingrato Destino

La primera noche por su cuenta vino acompañada de extraños sentimientos. Incluso culpa. ¿Acaso había condenado a su familia a morir? Quizá. Pero no eran ellos los que le importaban, era su tío. Él era especial. El único que le demostraba respeto. Siempre lo hizo. ¿Pero qué otra opción tenía? Zia lo necesitaba. O tal vez era Alex quien necesitaba de ella. De una u otra manera debía encontrarla. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si ya estaba muerta? ¿De qué hubiera servido dejar a su familia a su suerte si no daba con Zia? Las dudas se acumulaban en su cabeza, algo que nadie puede permitirse en un mundo como este, especialmente en ese momento; debía descansar cuanto pudiera si quería completar su programa para el siguiente día.

Alex conocía muy bien el lugar en el que esperaba encontrar a Zia; una zona remota desde su posición, justo al otro lado de la ciudad que tan lejos se erigía.

Intentó dormir un poco, ahí en medio de la soledad de la naturaleza, y cuando estuvo por lograrlo, uno de los muertos vivientes activó una de sus trampas. Cuando terminó con él e intentó acotarse de nuevo, otra más se activó. Esta vez no era uno solo. Eran varios. Muchos más. Salían de entre las tinieblas golpeándose contra los árboles y cayendo al suelo. Alex destrozó los cráneos de algunos, pero seguía llegando más. Aquel ya no era un lugar seguro.

Se apresuró a tomar su mochila y se echó a correr. A la luz de la luna y sin ninguna compañía más que la de sus desagradables perseguidores.

De pronto escuchó un grito, seguido de un disparo; sonidos tan repentinos que Alex no fue capaz de discernir de qué dirección provenían. Sin embargo, no se detuvo mucho tiempo, los muertos vivientes estaban a su espalda, abrigados por la oscuridad.

Corrió un poco más hasta que una nueva detonación volvió a llamar su atención. Esta vez el resplandor del disparo reveló la ubicación del tirador. Una cabaña a unos cincuenta metros.

Alex sabía que podía usar aquel suceso a su favor. El sonido atraería a sus perseguidores dándole la oportunidad de escapar en otra dirección. Pero la curiosidad pudo más. Quiso averiguar qué sucedía. Se acercó un poco y pudo mirar mejor. Dos hombres y una niña; acaban de luchar contra

algunas de esas bestias carnívoras.

«Debes irte, Alex», se dijo a sí mismo en voz baja.

Acababa de deshacerse de un grupo, no había razón para conseguirse otro. Esas personas no serían diferentes a su familia; se interpondrían en su noble cruzada. Pero si continuaba su camino sin alertarlos, significaría, con toda seguridad, su muerte. Y eso no lo hubiera incomodado tanto si no hubiera divisado a esa asustadiza e indefensa niña. Si se iba sin al menos avisarles de lo que venía a sus espaldas, el recuerdo de la pequeña lo atormentaría.

—¡Maldita sea! —dijo.

Alex corrió hasta donde ellos. «¡Tranquilos!», dijo desde lejos. En este mundo debes anunciarte si es que no quieres que te disparen. Y aunque lo hizo, se escondió detrás de un árbol por si intentaban atacarlo.

—¿Qué quieres? —dijo uno de los hombres bastante nervioso, apuntando su arma contra Alex.

—Solo vine a avisarles que vienen muchísimas de esas criaturas hacia aquí. Los disparos los han atraído. Es mejor que se vayan.

Una vez cumplió, Alex levantó sus manos y salió detrás del árbol, moviéndose hacia un lado, como queriendo dar a entender que estaba por irse por su camino.

—Espera —dijo el otro hombre—. ¿Por dónde vienen?

—Por allá —dijo señalando hacia el norte—. Yo que ustedes, me iría por ahí —y señaló una dirección opuesta a la que él se disponía a tomar.

En el mismo instante, una de las desagradables criaturas salió desde un matorral abalanzándose sobre la niña que no pudo hacer más que gritar aterrada. Sus acompañantes lucieron paralizados por un segundo. Justo cuando la bestia estuvo a punto de morder el cuello de la pequeña, Alex tomó un cuchillo pequeño que traía en su bolsillo y lo lanzó con fuerza hacia la cabeza del muerto viviente, acabando con él en el instante. Los hombres se apuraron a quitar a la asquerosa criatura de encima de la niña.

—¡Presten más atención, malditos! —regañó Alex—. Ahora váyanse de aquí que está por ponerse más feo.

—¿No… vienes con nosotros? —dijo el hombre del arma.

—Viajo solo —respondió Alex.

—Espera, por favor. Solo somos nosotros tres. El resto de nuestro grupo ha muerto. Esta pobre niña ha perdido a su madre hoy.

Alex miró una vez más a la niña; una pequeña de unos diez años, toda sucia y ligeramente golpeada. Lucía aterrada, con lágrimas en sus ojos.

—¿Qué diablos podría hacer yo? —dijo convencido de que estaba por meterse en una complicación.

—Acompáñanos durante la noche, después seguiremos por nuestra cuenta.

«Maldita sea», pensó. Los rugidos de las criaturas ya estaban cerca, y aunque hubiera deseado ser capaz de dejarlos solos, Alex decidió ayudarlos. «¡De prisa!», les dijo y empezó a avanzar. El hombre del arma alzó a la niña a su espalda y, junto al otro, empezaron a seguir a Alex.

—Mi nombre es…

—¡No me importa! —interrumpió Alex.

—¿A dónde vamos?

—Lejos de las bestias.

La noche no les permitió darse cuenta en el momento, pero empezaban a ser rodeados por una horda de muertos vivientes. Avanzaban en el bosque si saber lo que estaba por venir. Los dos hombres hablaban sin parar, intentando ganar la confianza de Alex, pero él si acaso les prestaba atención. Presentía que algo andaba mal. Curiosamente la niña parecía haberlo notado también.

—Tengo miedo —dijo la pequeña.

—No te preocupes, Alisa —dijo el hombre que la cargaba—. Ya estamos fuera de peligro.

—No. No es cierto.

—Te lo digo, Alisa. Todo estará bien.

Alex se detuvo un momento y empezó a mirar en todas direcciones. «Yo no estaría tan seguro», les dijo. Los gemidos y rugidos de los muertos vivientes empezaban a escucharse con más fuerza. El sonido de ramas

quebrándose a lo lejos era evidencia de que algo se acercaba.

—¿Qué quieres decir?

—¡Corran! —dijo Alex.

Eligió la única dirección despejada y se echó a correr a sabiendas de que era lo único que les quedaba por hacer. En ese momento ya no importaban sus habilidades para eliminar a las criaturas, eran tantas que si se quedaba a intentarlo de seguro moriría. Especialmente si tenía que preocuparse de sus nuevos acompañantes. Y como si no fuera suficiente, un trueno dio paso a la lluvia. La tierra bajo sus pies empezó a suavizarse, y su visión a nublarse. Chocaban contra árboles en sus intentos por escapar. ¡Qué inútil esfuerzo!

El hombre que cargaba a la niña tropezó, había caído en una trampa para osos. «¡Ah!», gritó de dolor. El otro detuvo a Alex: «Espera, espera».

—¡Rápido! —regañó.

—¡Mi pie! ¡Está destrozado! ¡Ayuda!

Y así de fácil muere alguien en este mundo. Aquel hombre estaba condenado.

—Toma a la niña —dijo Alex al hombre que seguía en pie.

—Ayúdalo —respondió mientras levantaba a la niña.

—No puedo ayudarlo. Si intentamos cargarlo estamos muertos.

—No puedes hablar en serio. No puedes dejarme.

—¡Ayúdalo! —gritó la niña

Alex dio unos pasos hacia los tres, tomó a la niña y la subió a su hombro. «¡Vamos!», dijo y empezó a avanzar lo más rápido que le era posible.

—No, espera —pataleó la niña.

—Ayúdame, podemos liberarlo —suplicó el otro hombre.

—¡Déjalo, ya están aquí!

Estaban por todos lados. Los muertos vivientes.

—¡Ayúdenme! —gritó el hombre en el suelo.

Un vistazo de su amigo a las podridas criaturas sirvió para que desistiera de intentar convencer a Alex. «Está bien, vamos», dijo y se echó a correr.

—Lo siento —dijo Alex mirando al malherido hombre.

Y lo decía en serio. En verdad lo sentía. Pero aquel era un caso perdido. Y no era que Alex fuera egoísta. No le importaba su vida. Era solo que no podía morir ahí. Debía encontrar a Zia.

Se dio la vuelta y se fue. La niña en su hombro seguía pataleando y reprochando. «Déjame, yo lo ayudaré», le dijo. Pero Alex no la soltó. Detrás de ellos, el hombre ya era abordado por los muertos vivientes. Los gritos que profería mientras era desmembrado lo confirmaban. Su amigo sintió un amargo sentimiento de culpa mientras corría, pero Alex tenía razón, no habrían podido salvarlo. Peor, hubieran muerto ahí de intentarlo.

—Apúrate —dijo Alex justo cuando lo rebasaba.

El tiempo que habían perdido al detenerse les costaría caro. Estaban siendo acorralados hacia un precipicio. Una maravillosa saliente desde donde se apreciaba una majestuosa cascada; el agua caía desde cuarenta metros siguiendo el cauce de aquel amplio río.

Estuvieron a punto de caer; apenas lograron detener el impulso que traían. Alex miró aquel paisaje entre la lluvia; la poca luz de la luna que lograba pasar de entre las nubes le permitió entender que aquella era una caída peligrosa, pero, ¿qué más podía hacer si no era saltar?, las bestias estaban por llegar.

—Debemos saltar.

—No —dijo el hombre, y empezó a correr de vuelta intentando evadir a los monstruos.

El hombre no lo logró. Una de esas criaturas logró tomarlo de la espalda; luchó por liberarse, pero muchas más se le lanzaron encima. Sus gritos fueron más angustiantes que aquellos que su amigo profiriera minutos antes.

—¡Dimitre! —gritó la niña.

—No mires —dijo Alex volteándola.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la niña entre lágrimas.

—No te preocupes —dijo algo conmovido.

—¿Moriremos aquí?

—No. Ya lo había dicho. Vamos a saltar.

Cuando los muertos vivientes estaban por tomarlos, Alex saltó hacia el vacío.

La niña gritó durante toda la caída. Detrás de ellos, también se desplomaban las tontas bestias que no eran capaces de nada más que perseguir. Alex rogó sobrevivir a aquella caída. No era por él, ya ni siquiera era únicamente por Zia, era por Alisa; la niña había perdido todo: su familia y sus amigos. No había nadie más, él era todo lo que quedaba.

Capítulo 3

ALISA

La caída lo sacó de la realidad. La niña estaba aterrada, pero Alex era libre. Qué extraño sentimiento, saber que lo que a otros disgusta, te hace feliz. Alex era muy diferente a los demás. Nadie como él. Era especial y lo sabía; una persona compleja. Con razón nunca pudo encajar. Pero después recordó donde estaba, cayendo, con Alisa en sus brazos, seguido de aquellas horrorosas criaturas.

Cuando estuvo a punto de chocar contra el agua, giró un poco su cuerpo para recibir él todo el impacto. Fue estrepitoso. Buscó en sus recuerdos algún momento en el que hubiera sentido un dolor similar, solo por si encontraba una pista que le ayudara a sobreponerse al mismo, pero tal recuerdo no existía, aquel era el malestar físico más intenso que había experimentado, tanto que la imagen frente a sus ojos empezó a desvanecerse en un revoltijo de colores mientras empezaba a perder el conocimiento.

Ya no abrazaba a la niña; intentó patalear fuera del agua, pero había perdido el control de todos sus músculos. El agua parecía naranja y luego verde; se hundía, como si fuera una piedra; un objeto inanimado rumbo al fondo del río.

En medio de aquel extraño espejismo observó la violenta entrada de los bultos que caían al agua, encima de él; los muertos vivientes; las insensibles bestias venían por su carne. Uno estiró su brazo y alcanzó a tomarlo, apenas, mientras los otros se movían hacia él; un jugoso bocadillo en el río. Las horribles criaturas se habían convertido en depredadores de agua. Como un cocodrilo o algún pez carnívoro, no importaba, Alex era la presa.

Hubiera sido hermoso, una muerte épica; la impresionante caída dio el primer golpe y las criaturas la estocada final. Pero entonces volvió a su atención l recuerdo de la niña: la había perdido. Alisa debía estar cerca, expuesta a la muerte. Alex no podía morir, no todavía. ¿Y Zia? No, definitivamente no podía morir.

Fue como si hubiera vuelto a nacer. La adrenalina debió ayudarle a recobrar toda su fuerza. Movió su pie con fuerza una y otra vez hasta que se liberó de la criatura; se volteó en busca a la niña.

La sangre podrida de las bestias había ensuciado la cristalina y fría agua. Buscó y buscó con su mirada, hasta que una de las criaturas lo tomó por

la espalda dirigiendo sus dientes a su cuello.

Alex movió su mano hacia atrás, sujetando al monstruo por la frente. Con toda su fuerza empujó para que lo no mordiera; con su otra mano buscó uno de sus cuchillos, lo tomó y lo clavó en el cráneo del muerto viviente.

Pero el aire empezaba a faltarle, debía salir a tomar un poco. Nadó hacia arriba hasta que estuvo por sacar su cabeza del agua. «Un poco más», pensó. Y tuvo suerte de no salir. Una de las criaturas cayó justo encima de él. Repentino. Un golpe certero. De no haber estado dentro del agua el impacto lo hubiera matado, y aunque no lo hizo, alcanzó para neutralizarlo. Por su cuenta se ahogaría con toda seguridad, si no era que los monstruos lo devoraban primero. «Hasta aquí he llegado», pensó. Pero Alex no estaba por su cuenta. Justo antes de desmayarse miró salir de entre la oscuridad una pequeña mano que lo tomaba de su camisa. Era Alisa. La niña había estado batallando igual que él. Ella lo había encontrado y ahora estaba auxiliándolo.

Curioso destino, a veces ingrato y otras benévolo. La niña a quien había estado tratando de salvar, lo salvaba a él. Lo arrastró con gran esfuerzo hacia la orilla hasta que logró sacarlo del frío río.

«Resiste», suplicó. Alex no daba respuesta. La niña cargaba una pequeña mochila. Impermeable, porque el contenido lo ameritaba. Preciados recursos en aquel moribundo mundo: cerillas y mantas; algunos medicamentos.

Se aseguró de que estaban a salvo; los muertos vivientes fueron arrastrados por la corriente. Lo alejó lo más que pudo del agua. Hizo una fogata y se abrigó junto a Alex para calentarse. De no haberlo hecho quizá hubieran muerto. Y no por eso la noche fue buena. La pobre niña tembló durante horas; encima sin saber si Alex despertaría.

Valiente Alisa. Con toda seguridad salvó la vida de Alex. De alguna forma logró mantener la compostura y sobrevivir al frío.

Cuando Alex despertó, adolorido y confundido, ya era de día.

Intentó levantarse, pero estaba en terrible forma. Escaneó con la mirada y encontró a la niña. ¿Quién era ella? ¿Es acaso Zia? Todavía no lograba encontrar claridad en sus pensamientos. Se sentó. «Esa no es Zia», pensó. La miró un poco más; la niña recogía ramas para alimentar la fogata. Por fin recordó quien era.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

La niña se volteó de inmediato con mueca de sorpresa. Una sonrisa se

dibujó en su rostro. Corrió hacia él y lo abrazó.

—¿Estás bien? Pensé que no despertarías.

Alex no contestó el cariñoso gesto de la niña, incluso lo detuvo; la tomó por los hombros y la alejó levemente. Ella no pareció ofenderse.

—¿Qué sucedió?

—Soy yo, la niña que encontraste en el bosque, Alisa. ¿Me recuerdas...? —Alex la miraba sin decir nada—. Saltamos al agua para salvarnos. Nos separamos por un momento. Te busqué en el agua, hasta que uno de los mordedores cayó encima de ti. Pensé que morirías.

—Estoy bien —fingió. La mueca que puso al tocarse la cabeza lo contradijo. Inspeccionó un poco más su cuerpo en busca de heridas—. ¿Qué es esto? —preguntó Alex al mirar que estaba vestido solo con una manta amarrada a su cuerpo.

—Nuestra ropa estaba mojada. La he puesto a secar ahí. —Señaló el lugar. Alex lo miró pensativo. Después miró la fogata. Después miró a la orilla del río; lo había arrastrado desde lejos.

Alex volvió a mirar a la niña. Pobre niña. ¿Qué pudo haber sentido? Estuvo sola en la noche; la horrible noche. ¿En verdad era posible que una niña tan pequeña fuera tan valiente y brillante? Horas antes había perdido a su grupo, pero de alguna manera se las había ingeniado para salvar su vida y la de él.

Alex sintió culpa y algo de angustia; lo siguiente que lo invadió fue un enorme sentimiento de deuda. Después pensó en Zia, porque no era capaz olvidarla. Una vez más intentó ponerse en pie, pero no pudo hacerlo.

—Debes descansar —dijo Alisa—. He conseguido pescar algo. —La niña era verdaderamente especial—. Pronto estará listo. Cuando comas estarás más fuerte.

—Puedo cuidarme solo. —Lo dijo golpeado.

Después de decirlo se arrepintió. Cuestionó su actitud. ¿Por qué debía ser tan tosco? El mundo lo había cambiado; antes era pisoteado, ahora era diferente. Pero Alisa merecía algo más. Le debía la vida. Ella era diferente. La admiró al instante. Ella merecía su respeto.

—Quédate quieto. Yo cuidaré de ti… Todavía no se tu nombre.

A pesar de que la niña estaba muy triste, no lo mostraba. Lucía muy calmada. Igual que siempre. Las circunstancias de su vida así la formaron.

—Me llamo Alex.

Aquel fue su cuartel por varios días, hasta que Alex recuperó sus fuerzas.

Capítulo 4

Viaje

Sus heridas habían sanado, pero los días había pasado y no se encontraba más cerca de encontrar a Zia. Era momento de continuar. Después de prepararse, iniciaron su marcha. «¿Hay alguien más? ¿Algún familiar en algún otro lugar?», preguntó Alex. La niña contestó esperanzada: «Aún tengo familia». En sus ojos podía observarse cierta ilusión; era tan optimista, o quizá tan inocente, que no podía siquiera considerar algún escenario en el que las personas de las que hablaba no estuvieran sanas y salvas. Una dulce y amistosa mujer y un tosco y distante hombre.

—Mi prima siempre fue buena conmigo. A mi primo no lo conozco bien...

—¿Cómo puedes estar segura que estarán bien?

—Lo recuerdo… a mi primo. Nunca fuimos cercanos, pero sé que es un hombre muy fuerte. De seguro están vivos. Viven al oeste de aquí, en Goroda…

—¿Hay alguien más?

—Mi abuelo… Es una persona maravillosa. También está vivo, estoy segura.

—¿Dónde vive tu abuelo? ¿A dónde quieres ir?

La niña sonrió.

—Mi madre y yo nos dirigíamos hacia la casa de mi abuelo. Habíamos recorrido un largo camino… Me gustaría ir ahí ahora, pero sigue siendo muy lejos de aquí. Mis primos están más cerca. Quiero encontrarlos… saber que están bien. Luego los convenceré de ir a donde nuestro abuelo. Él vive al norte de Goroda.

Era perfecto. Alex podría dejar a la niña con su familia, para por fin ir en busca de Zia. Ni siquiera tendría que desviarse. El lugar en el que los primos de la niña vivían, Goroda, quedaba a las afueras de la ciudad en la que esperaba encontrar a Zia.

—Apuremos el paso entonces. Con suerte estaremos ahí en dos días.

Ambos marcharon, a paso ligero, a través de un denso bosque. Cuando llegó la noche del primer día de viaje, la niña estaba agotada y

hambrienta. «Descansaremos aquí», dijo Alex. Hubiera deseado tomar a la niña y seguir caminando. Hubiera deseado ir por Zia. Pero hubiera sido injusto para Alisa.

Rápidamente preparó un lugar donde pasar la noche; sacó una liebre que había casado temprano. «Yo puedo despellejarla», dijo la niña. Alex construyó una fogata, un rato después ya estaban comiendo.

—¿Qué harás después de llevarme con mis primos, Alex? —preguntó la niña. Acercaba sus manos hacia el fuego y luego las frotaba para sobrellevar el frío.

—Al sur —respondió cortante.

—¿Al sur? ¿Al sur de Goroda? ¿Vas a la ciudad...? Es muy peligroso, ¿no es cierto?

Sagaz Alisa. En efecto lo era. Aquella zona estaba repleta de muertos vivientes. Todas las ciudades debían estarlo. Pero Alex no tenía otra opción. Para llegar al lugar en el que estaba seguro Zia esperaba por él, debía cruzar la ciudad. Rodearla no era opción, aquello le tomaría muchísimo tiempo, tiempo que había perdido salvando a su inútil familia, tiempo que había perdido recuperándose de sus heridas. No era momento de ser cauteloso. Alex estaba seguro de que, siempre y cuando lo hiciera solo, podría cruzar aquel mar de muerte.

—Quizá lo sea, pero alguien me espera del otro lado.

—Podrías quedarte con nosotros, Alex, conmigo y con mis primos. Juntos podemos ir donde mi abuelo.

Alex no contestó. Por supuesto que no podía quedarse. ¿Cómo podría? Zia estaba en algún lugar, quizá atormentada por el miedo, seguro preguntándose por qué Alex tardaba tanto. El solo pensar en ello, le hacía doler su cabeza.

—Lo digo en serio —insistió la niña—. ¿Por qué no te quedas conmigo? Sabes que no sería una carga. Puedo ayudar en todo.

—Sé que puedes.

—Entonces, ¿te quedarás conmigo?

Antes de que Alex pudiera contestar, un sonido como un rugido agudo irrumpió en la noche. Una luz se divisó en el cielo. En algún momento ordinario, ahora impensable. Ante su sorpresa, una aeronave sobrevoló

sus cabezas a toda velocidad hacia el oeste.

—Alex…

La aeronave se perdió en el horizonte. Alex no dijo nada. Lo que habían visto podía significar muchísimo, pero también muy poco.

—¿Qué debemos hacer, Alex? ¿Debemos seguirla?

—Se ha ido.

—¿Crees que sea del ejercito? ¿Estarán buscando sobrevivientes?

—Déjalo, niña. Ahora es imposible saber lo que era.

La niña agitó su cabeza.

—Pero, Alex...

—¡Duerme, niña! —regañó—. Mañana será más duro que hoy.

Alex deseó haber podido seguir su propia orden. No pudo dormir pensando en lo que habían visto. Cuando la estrella se levantó detrás de las montañas, ya estaba listo para seguir.

Cada vez estaban más cerca. Alex presionó a la niña hasta el límite. Se encontraron con algunas de esas criaturas desagradables, pero no fueron problema para ellos.

—Alex, necesito descansar —pidió la niña consumida.

Al verla tan cansada, Alex sintió algo de culpa.

—Si quieres puedo cargarte.

—No, estaré bien. Solo necesito descansar un momento.

Así lo hicieron. Pero la noche se acercaba y el lugar no era adecuado para acampar. Caminaron un poco más, una vez Alisa se sintió con fuerza, mientras la luz del día se a desvanecía en el horizonte. Cuando la noche llegó, lo hizo junto a un desagradable olor: Era el olor a muerte que traen consigo aquellas bestias. Pero había algo más. Era peor. Mucho peor. Algo que ni Alex ni Alisa había experimentado antes.

—¿Qué es eso, Alex? —preguntó la niña. Arrugaba su cara en una indistinguible mueca de náusea.

«¿Qué diablos es eso?», pensó Alex. No pudo evitar preocuparse. Con cada paso que daban el olor se intensificaba. Fue tan desagradable que incluso consideró dar la vuelta; el origen de tal peste debía ser algo terrorífico. La niña parecía igual de preocupada.

Cuando estuvo a punto de proponer un desvío, salieron del bosque hacia una colina desde donde la vista no era obstruida por árboles.

El olor era prácticamente insoportable pero aun así Alex pareció olvidarlo por un momento. Desde ahí, hacia el suroeste, a lo lejos, se levantaban enormes edificios. Numerosos sentimientos se apoderaron de Alex; percibió una increíble cercanía con Zia. Incluso sonrió. «Estoy cerca, Zia», pensó. Fue hasta que miró a Alisa que salió de aquel pequeño trance en el que estaba; el rostro de la niña se contorsionaba en una inquietante mueca de horror.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Alex. Aquel fétido olor volvía estar presente.

La niña no contestó nada, solo señaló, al noroeste, a un kilómetro de ellos. Alex no lo había notado antes, su atención había ido a la ciudad a lo lejos. Alisa estaba señalando los suburbios en los que sus primos vivían. Parecía haber una especie de muralla alrededor de una amplia zona, y fuera de ella, cientos de criaturas. Como luciérnagas iluminando la noche. Todas ardían en fuego.

Capítulo 5

Despedida

Espantoso espectáculo el de las bestias quemándose en la noche. El enfermizo pasatiempo de un grupo bárbaro. Desde su acorazada muralla, lanzaban flechas encendidas apuntando contra los muertos vivientes, solo para mirarlos deambular en llamas hasta que el fuego los consumiera.

—De ahí proviene la peste —remarcó Alisa.

¿Qué clase de persona disfrutaría de algo como eso? El estómago de Alex se revolvió de solo pensarlo. Y si desde ese lejano lugar en el que se encontraban el olor era tan intenso y penetrante, ¿cómo sería de cerca?

—¿Dónde viven tus primos?

—Justo ahí.

Maldito destino. Tendrían que ingresar en aquel horrible lugar. ¿Pero qué otra opción tenía? Alisa debía reunirse con sus primos para que Alex pudiera continuar su camino. Contra su instinto y los reproches de la niña, empezaron a avanzar hasta la pequeña fortaleza.

—No me gusta, Alex —dijo ella—. ¿Y si mis primos no están ahí?

—Debemos tratar. No hay otra opción.

—Cambié de opinión. Prefiero quedarme contigo.

Pobre niña. Por supuesto que no quería acercarse a aquel lugar. Pero el ingrato de Alex no cedió.

—No puedo llevarte.

—¿Por qué? —preguntó la niña. Se agarraba de su mano mientras avanzaban cautelosos hacia las murallas.

—Alguien me espera. Debo atravesar la ciudad y es muy peligroso llevarte.

La niña lo miró con tristeza.

—Puedo serte útil, Alex. Puedes enseñarme a pelear. Juntos

atravesaremos la ciudad.

Desamparada niña. Alex quiso decirle que sí. Que juntos lo lograrían. Que podrían cruzar ilesos. Pero aquello hubiera sido mentira. Era una aventura en la que, ni embarcándose solo, tenía asegurado el éxito. Prácticamente una locura. La única razón por la que estaba dispuesto a intentarlo era la esperanza de encontrar a su amada Zia.

—Lo siento. Debes quedarte.

La inocente y triste mirada de la niña empezaba a pesarle. Apenas llevaba unas semanas de conocerla, pero Alisa le importaba. ¿Era culpa? ¿Empatía o compasión? Quién sabe. Alex no era capaz de encontrar una explicación. Quizá era más humano de lo que había pensado. Pudo imaginarse cómo una persona normal hubiera sentido lo que él estaba sintiendo.

La niña dejó de insistir en cuanto estuvieron más cerca de los llameantes monstruos. Era difícil prestar atención a otra cosa. «¿Sentirán dolor?», preguntó Alisa. Era difícil de contestar, los monstros no parecían actuar diferente, solo deambulaban.

Ambos se escondieron detrás de un arbusto, a unos cien metros de las rudimentarias paredes, seguramente construidas por las personas que habitaban la comunidad. La muralla se extendía por un amplio perímetro, protegiendo acorazadas viviendas. En el tejado de una de ellas estaban tres hombres; bebían y reían mientras apuntaban a los muertos vivientes con sus ardientes flechas solo para su entretenimiento.

—Ahí está mi primo —dijo la niña.

El más desagradable de los tres. Un hombre corpulento de gran estatura. De escaso cabello blanco y una desfigurada y ancha nariz.

—¿Segura que es él? —preguntó Alex.

—Es él. Es Gav.

Alex nunca fue un tipo de paciencia. «Espera aquí», dijo a la niña y salió del arbusto, caminado hacia la muralla. «¡Gav!», gritó, mientras movía sus manos en el aire. Sacó un cuchillo largo y se preparó para deshacerse de los muertos vivientes que se lanzaran contra él.

—¡Alto! —gritó uno de los hombres que acompañaban al primo de Alisa.

Ni siquiera dio tiempo a Alex de detenerse. Colocó una flecha en su arco, tensó la cuerda y la soltó. La flecha, con su llamante punta, voló a toda velocidad hacia Alex. Seguramente su tirador pensó que lo mataría. Tal vez presumiría después de su tiro frente a sus compañeros. Pero la flecha

no acertó. No porque el tirador tuviera mala puntería. Alex hizo un sutil movimiento; tiró su hombro izquierdo hacia atrás evitando que la flecha lo alcanzara.

—¡Nadie se mueva! —gritó Alex empuñando su pistola contra los hombres solo armados con arcos y flechas.

Uno de ellos trató de reaccionar, pero Gav lo detuvo. Había entendido que estaban en desventaja; era mejor esperar y ver lo que pretendía el hombre que venía a sus dominios.

—¿Qué diablos quieres? —gritó el desagradable hombre.

Antes de contestar, Alex rebanó los cráneos de dos de las llameantes criaturas sin siquiera agitarse. «¡Tranquilos!», les dijo, y movió su mano para llamar a la niña.

—¿Sabes quién es ella? —preguntó Alex.

—¡Alisa! —dijo el hombre sorprendido—… ¿Qué…?

—Alisa está sola —siguió Alex—. Tú y tu hermana, son toda la familia que tiene. La he traído con ustedes.

—Mi abuelo puede estar vivo —interrumpió la niña. Ya no le agradaba la idea de quedarse en tan siniestro lugar.

—¿La has traído? Eso es muy amable de tu parte. ¿Estás bien, Alisa?

La niña lució tímida. Apenas movió su cabeza de arriba abajo.

—Lo siento mucho —dijo Gav más tranquilo—. Mi hermana ha muerto. Solo estoy yo. Me alegro de que estés con vida.

—Dile a tus hombres que disparen esas flechas a las cabezas de las bestias. Empezarán a rodearnos pronto… No es necesario que las enciendan…

Los hombres limpiaron el camino de Alex y Alisa hasta la entrada de la muralla. La niña se agarraba con fuerza de Alex mientras avanzaba por aquel camino de muerte y descomposición. «¿En verdad es tu primo?», le preguntó Alex. Quería estar seguro de que la dejaría con la persona correcta.

—Sí. Es mi primo. Lo recuerdo muy bien. —Se notaba cierta angustia se la voz de la niña. La reciente noticia de que su prima no había logrado

sobrevivir debía estarla abrumando.

El hombre bajó del tejado de la casa y abrió las puertas de la muralla. Esta vez venía, junto a sus hombres, empuñando armas de fuego. «Levanta las manos, basura», dijo el hombre. Quería intimidar a Alex, pero no lo había logrado.

—Eso no será necesario —dijo Alex—. Solo estoy aquí para dejar a Alisa. Justo cuando me despida de ella, seguiré mi camino.

—No es tan sencillo.

Alex se agachó a la altura de la niña y la tomó por los hombros. «Ahora estarás a salvo. Es momento de que me vaya», le dijo. Los hombres lo miraban amenazantes, seguían apuntándolo con las armas.

—¿No puedes quedarte? —preguntó la niña afligida.

—¡No puede! —intervino Gav. Verdaderamente era un hombre desagradable.

—Ya te había dicho, Alisa, alguien me espera —dijo Alex intentando ignorar al primo de la niña y sus hombres.

—¿Quién? ¿Quién te espera? ¿Cómo puedes dejarme? —La niña golpeó un par de veces los brazos de Alex. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas conforme continuaba—: ¿Por qué eres tan egoísta? ¿Por qué no puedes cuidarme? ¿Quién es tan importante que has decidido abandonarme?

Aunque Alex lucía aún más serio que de costumbre, se sentía agobiado; quizá por tener que dejar a la niña, o tal vez por el recuerdo que la pregunta trajo consigo. Se puso en pie y contestó:

—Zia. Ella espera por mí del otro lado de la ciudad.

La dulce Zia. La única persona que había logrado querer en el antiguo mundo. Alex luchaba por encontrarla, de otra manera estaba muerto, de otra manera su vida estaba vacía. Y tal vez no la encontraría nunca, ya había pasado mucho tiempo. Tal vez no había esperanza. Pero era su muy preciada para él. Era la dulce Zia.

—¿Zia? —dijo la niña un tanto más serena. Había notado la diferencia en la voz de Alex al mencionar ese nombre. De seguro era alguien importante. Alisa se dio cuenta de que era inútil intentar convencerlo.

Pobre Alisa. Alex no quería dejarla, pero sentía que debía hacerlo. Estaba tan cerca de su destino que creyó casi absurdo no continuar. Después de

todo dejaría a la niña con un miembro de su familia y, además, ella no tenía por qué ser su responsabilidad.

—Sí. Zia. Debo encontrarla… su padre ha debido protegerla cuando todo empezó. Ella estará esperando por mí.

Y entonces Alisa no dijo nada más. No quería despedirse, pero de alguna manera entendió que Alex necesitaba seguir. La niña era tan noble que no se interpondría en su camino.

Los hombres de Gav, en cambio, no fueron tan comprensivos: «No podemos dejarlo ir, sabe de nuestra fortaleza. Podría ser una amenaza», dijo uno. Se acercó hasta Alex y lo tomó del brazo. Gravísimo error. Con un violento movimiento, Alex tomó al hombre y lo desarmó, atrapándolo por la espalda y apuntándole con su pistola a la cabeza.

—Nadie va a detenerme —les dijo Alex sin exaltarse—. Voy a dejar a tu prima aquí, más vale que cuides de ella.

Otro de los hombres de Gav estuvo a punto de abalanzarse sobre Alex, pero fue detenido. «Lo dejaremos ir. Morirá de todas formas. Cruzar la ciudad es imposible», dijo Gav.

—Entren a su fortaleza. Me quedaré con él —refiriéndose al hombre que había tomado como rehén— hasta que esté seguro.

—Bien. Vamos, Alisa. Aquí estarás a salvo. Despídete de tu amigo, no volverás a verlo.

Alisa levantó su pequeña mano y se despidió de Alex, quien empezaba a caminar hacia atrás, todavía amenazando la vida de su rehén. Gav tomó a Alisa y, junto a sus hombres, entraron en la fortaleza.

Justo antes de que la puerta se cerrara, antes de que Alisa se perdiera detrás de ella, deseó que le fuera bien. Hubiera querido llevarla consigo, pero estaba convencido de que jamás lograría cruzar la ciudad a no ser que fuera solo. Cuando la puerta se cerró, Alex golpeó, con la empuñadura del arma, la cabeza del hombre. Éste cayó inconsciente en el acto.

Alex se apuró a desaparecer del lugar. Unos minutos después ya estaba camino a la ciudad. Sintió tristeza y cierta culpabilidad por dejar a Alisa. Quizá solo perseguía un sueño. Quizá debía rendirse. ¿Pero cómo iba a hacerlo? Zia podía estar viva. Ahora que estaba tan cerca debía esforzarse más todavía.

La noche no lo detuvo. De inmediato empezó a caminar hacia la ciudad.

Aquella maldita ciudad, atestada de muertos vivientes, quizá millones de ellos. Pero eso no asustaba a Alex. Su determinación era más fuerte.

Capítulo 6

Realidad

Alex caminó durante casi dos horas; no había apurado en exceso su paso para evitar desperdiciar fuerzas; pero tampoco se detuvo. Aquellos gigantes edificios, que alguna vez lucieran rebosantes de luces multicolores, ahora no eran más que opacas figuras en la noche. ¿Cuántas historias tuvieron lugar entre sus paredes y muros? ¿Cuántas personas pasaron por ellos? Ya nada tenía vida allí.

A sus faldas, las calles reflejaban el caos sufrido en el momento del brote. Los que una vez fueran flamantes automóviles ahora estaban reducidos a ennegrecidas formas metálicas, producto del calor de las llamas.

Tiendas destruidas y sangre por todos lados. Aquello no debió haber tomado más de una noche, pero había sido suficiente para acabar con todo. Qué horror debieron sentir esas personas. Ahora eran parte de un ejército de torpes bestias. Sin motivaciones o aspiraciones; sin personalidad.

Alex se había detenido en el puente, ese que alguna vez se tendió sobre el ancho río, conectando los suburbios con la gran ciudad; el que fuera destruido para evitar que hordas de muertos vivientes pasaran hacia el otro extremo. Desde ahí contempló el final de la humanidad mientras ideaba una estrategia eficaz para sortear el reto que representaba atravesar la metrópoli.

Cuando casi dudó, volvió a recordad a Zia; aliento suficiente para enaltecer su bravura. Solo saltaría al río y nadaría hasta la orilla. Correría sin cesar, deshaciéndose de toda criatura que se entrometiera en su camino, hasta que sus fuerzas se gastaran.

Fue en ese instante, a punto de dar un salto de fe, que fue detenido por un agónico grito que sacudió sus sentidos: «¡Alex! ¡Detente!». Era una mujer. Corría a toda velocidad hacia él.

—¡Detente! —gritó Alex a la mujer, cuando ésta estuvo cerca. La apuntó con su arma, amenazante.

Lucía golpeada y cansada; sucia y ensangrentada; la salud parecía eludirla, la piel alrededor de sus ojos estaba algo hinchada y amoratada. Claramente se notaba su desnutrición y su desaliño.

—No me dispares. No todavía —dijo la mujer después de tomar aire.

—¿Qué? —preguntó Alex. Aquel comentario lo había tomado por sorpresa.

La dama empezó a llorar descontrolada. Cayó al suelo agotada, ocultando su cabeza entre sus manos. Alex se preocupó de inmediato. ¿Se trataba de alguna especie de trampa? ¿Estaba esa mujer distrayéndolo mientras alguno de sus cómplices se acercaba para atacarlo? «¡Habla de una vez!», ordenó Alex. Miraba a todos lados sin bajar la guardia.

La mujer tomó fuerzas y secó sus lágrimas.

—He corrido sin parar intentando alcanzarte. Alisa me dijo que eres valiente. Que nada puede detenerte…

—¿Quién eres? —preguntó Alex.

—Mi nombre es Diana. Alisa es mi prima.

La prima de Alisa no había muerto, estaba ahí frente a Alex. Gav había mentido. ¿Cuál sería la razón para ello? Era obvio que había estado viviendo en el mismo lugar en el que dejó a Alisa; aseguraba haber hablado con ella.

—¿Eres su prima? ¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí?

—Lo había intentado muchas veces. Matarlos o escapar. Pero nunca lo logré. Ya me había resignado. Apenas supe que Alisa estaba en ese lugar tuve que volver a intentarlo. No soy lo suficientemente fuerte para detenerlos, pero Alisa dice que tú si lo eres.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Mi hermano Gav y los demás; ellos abusan de todas las mujeres. Mataron a los hombres que se opusieron. —Diana dejó de hablar por un momento. Fue obvio que estaba malherida. Tomó fuerzas y continuó—: Ahora controlan ese lugar a su antojo. Han ido acabando poco a poco con nosotras. Van a hacer los mismo con Alisa. Tú la llevaste ahí, ahora debes rescatarla.

Perverso destino. Más bien era Alex el culpable. ¿Cómo pudo ser tan egoísta? Dejó a la niña con peores monstruos que aquellos que tomaron el mundo. Todo por seguir un sueño; una ilusión absurda que lo impulsaba a cruzar la ciudad y reunirse con Zia. Los finales felices no existen, Alex debió saberlo. Ir tras ella no era más que un inútil esfuerzo. Ahora, la

decisión fue sencilla, debía volver y rescatar a Alisa, era su obligación.

—¿Cuántos hombres tiene tu hermano?

Diana se quedó en silencio por unos segundos. Seguramente pensó que la respuesta asustaría a Alex.

—Con Gav son diecinueve.

Alex no se inquietó en absoluto. Casi hubiera querido que el número fuera mayor, solo para tener más personas que castigar. Sin demorarse más se dispuso a regresar por Alisa.

—Iré lo más rápido posible —dijo Alex—. Puedes intentar seguirme, pero no me detendré a esperarte.

—No, hasta aquí llego yo. Uno de los infectados me mordió mientras intentaba alcanzarte. Pronto me convertiré.

Diana descubrió su hombro, dejando ver la espantosa mordida que aquejaba. En efecto estaba condenada. Tan definitiva fue su intención de encontrar a Alex que incluso había dado su vida por ello; por dar una esperanza a Alisa. Por meses vivió la injusticia provocada por su hermano y los demás. Nunca tuvo una oportunidad de defenderse, y si escapaba sería hacia las fauces de algún muerto viviente. Y al final así fue, pero por una noble causa.

Alex gritó irascible, o así fue dentro de su cabeza, por fuera permanecía tan silencioso como siempre. Complicado ser; hubiera querido demostrar la ira que sentía. Las injusticias nunca terminarían. No mientras siguiera existiendo gente.

¿Sería que aquella espantosa arma, el virus creado para acabar con el mundo, la maligna creación de un ejército de enloquecidos extremistas, había terminado por ser el premio que merecía la humanidad? ¿Una sentencia divina?

—¿Qué quieres que haga?

—Dispárame. No quiero ser uno de ellos.

La misericordia de una bala en la cabeza. La seguridad de que acabaría bajo sus propios términos. «Prométeme que los matarás». La mirada de Alex hubiera sido suficiente respuesta para Diana, aun así, Alex contestó: «Voy a matarlos a todos». La mujer cerró sus ojos y se despidió de la vida.

El estruendo solo lo hizo enfadar más. Ni bien terminó, se echó a correr. «Lo siento, Zia», decía una y otra vez. Había abandonado a su propia familia para encontrarla y al final había fracasado. Ahora recordaba a su tío y su sufrimiento crecía. Que egoísta había sido. Alisa era la prueba. Que egoísta. Y todo por un quizá o un podría.

Antes de que se diera cuenta había completado su regreso. Se paró frente a la fortaleza de Gav y escaneó el terreno. ¿Había llegado a tiempo? ¿Seguía Alisa con vida? Estaba dispuesto a dar su vida por averiguarlo.

Entró en un vehículo abandonado en una calle frente a una de las murallas de la fortaleza. Desarmó el sistema de encendido y juntó unos cables esperando que el motor encendiera.

En el primer intento el automóvil encendió. «Quizá sea mi día de suerte después de todo», pensó. Alex aceleró al máximo el vehículo en dirección hacia la muralla. Pobres tontos aquellos que pensaron que tal edificación los protegería. Debieron haberlo pensado mejor. Debieron esconderse en una lejana cueva en donde nadie los encontrara.

El escandaloso choque alertó a todos. «¿Qué diablos está pasando?». Algunos hombres corrieron hasta el lugar; el automóvil había penetrado la muralla dejándola destruida. Un momento después Alex salió del vehículo.

—Dije que los mataría a todos —gritó Alex—… no acostumbro a mentir.

Alex hizo un rápido movimiento detonando su arma. Del otro lado uno de los hombres cayó muerto.

Capítulo 7

Lucha

Justo después de que Alex disparara contra el hombre, las balas empezaron a volar en su dirección. Fue inevitable que el colosal caos que se desató en aquel lugar llamara la atención de indeseados visitantes; los muertos vivientes empezaban a colarse por la recién creada entrada. «¡Brecha!», gritaban los centinelas apenas hacían una pausa para recargar sus armas.

Dos hombres a sus doce en punto, y tres más a sus diez y media; Alex se escondió detrás del automóvil mientras esperaba por el momento perfecto. Los proyectiles golpeaban inclementes contra el metal del vehículo, pero Alex no parecía inquietarse. Esperaba en calma el momento oportuno; el instante, por el destino prometido, en el que su siguiente blanco sucumbiría. Apenas un segundo en el que el silencio volvió al lugar, justo cuando sus enemigos cargaban sus armas, en una inintencionada sincronía.

Alex salió de su escondite y disparó su arma por segunda vez. Aquella bala, como la primera, viajó con impecable precisión hasta la cabeza de su objetivó. Antes de que los otros pudieran contraatacar, Alex ya volvía a cubrirse.

—¡Filip! —gritó uno de ellos—. ¡Maldito! ¡Mataste a mi hermano! ¡Acabaré contigo!

—No lo harás —contestó Alex—, seguirás a tu hermano en un momento.

El hombre, embrutecido por la furia, detonó su arma una y otra vez, sin alcanzar a Alex, hasta que se quedó si balas. Alex se asomó nuevamente, lanzando un pequeño cuchillo que impactó directo en su corazón.

—La munición se ha vuelto muy valiosa —dijo Alex—, nadie debería derrocharla de esa manera.

Los tres hombres restantes hicieron caso omiso a la recomendación de Alex. Fue tan intensa la arremetida que ni siquiera detrás del vehículo Alex estuvo a salvo. Uno de los proyectiles lo golpeó a un costado de su abdomen. Una herida terrible que seguramente le pesaría.

Tan agudo fue el dolor que incluso perdió la concentración. Las enfermas criaturas que se habían estado amontonado hacia el interior del amurallado suburbio, estaban casi encima de él sin que siquiera se

percatara.

Mientras se ocupaba en esquivar las balas, uno de los monstruos se abalanzó sobre su espalda. Casi a punto de ser mordido se volteó agarrando a la criatura con ambas manos. En el forcejeo por su vida, su arma cayó al suelo; con toda su fuerza empujó al muerto viviente pero detrás de éste otro empujaba intentando unirse al festín.

Alex se fue al piso sosteniendo a ambas bestias sobre su cuerpo. El indiscriminado ataque de los embravecidos hombres, seguía llevando balas hasta su posición. Si una de ellas no lo hería de muerte, de seguro alguna de aquellas espantosas criaturas lo haría.

Ni Zia ni Alisa…, ¿fracasaría al fin? Qué iluso fue. Se creyó invencible, que nada podía detenerlo. ¿Era aquello una muestra de la realidad?, ¿una lección enviada para que comprendiera lo irracional de su fantasía?, no, no fue así, una de las balas, disparada con la intención de acabar con él, terminó salvándolo. Golpeó contra la cabeza de la bestia que intentaba comerlo, acabando con ella en el acto.

Fortalecida su intrepidez, con sus brazos y sus piernas movió a ambos monstruos, el que había sido alcanzado por la bala y el que estaba detrás de éste. Ahora que se había librado, no tenía tiempo que perder, una horda de muertos vivientes seguía entrado al lugar.

Tomó su arma del suelo, se levantó de golpe y disparó tres veces, una bala para cada hombre que lo atacaba. Solo acertó a dos de ellos. El otro, al observar la creciente invasión a lo que había pensado era un impenetrable fuerte, se echó a correr en dirección a un pequeño edificio de apartamentos. Después de que eliminaran a la mayoría de la comunidad, Gav y sus seguidores se habían mudado al lugar. El mismo lugar en el que mantenían a las mujeres de las que abusaban.

—¡Gav! ¡Los infectados están entrando! —gritó el hombre.

De las otras casas y edificios dentro de la fortaleza, empezaron a salir personas: hombres que fueron doblegados y algunas mujeres, las que Gav no había tomado para él y los suyos.

—¿Qué está pasando? —gritó alguien aterrorizado.

Ninguno venía armado. Todos lucían flacos e incluso algo golpeados. Alex se detuvo por un momento a contemplar aquello. No lo había pensado antes. Esas pobres personas habían sido dominadas por Gav, seguramente los trataba como esclavos obligándolos a hacer las tareas que él no quería. Ahora estaban condenados también, seguramente serían

presas fáciles para los muertos vivientes.

No tuvo que esperar mucho para confirmarlo, una de las personas fue atacada por las criaturas. Los gritos y los lamentos conmocionaron a Alex de inmediato. Su egoísmo había vuelto a sobreponerse. Pero no tuvo otra opción, aquella era la única forma de salvar a Alisa. «Estas personas no son inocentes, permitieron que Gav y sus hombres abusaran de ellos. Debieron detenerlo. Ellos son tan culpables como él», se dijo Alex intentando justificar sus actos.

Cuando Alex estaba por perder el ánimo, el sonido de la voz de un hombre volvió a encender su furia.

—¿Qué diablos pasa? ¿Quién ha hecho esto? —Era Gav, se asomaba por una de las ventanas del pequeño edificio.

—¡Ábreme! —gritó el hombre que hasta hacían un momento disparaba contra Alex— ¡Por favor!

—¿Cómo pasó esto?

—El tipo que trajo a la niña… Ha destruido el muro. ¡Ábreme!

—¿Qué…?

Alex apuntó a Gav y haló el gatillo. Su cólera seguro amainaría cuando lo viera morir, pero nada sucedió. Su arma se había quedado sin balas.

—Ahí está —dijo el hombre que golpeaba a la puerta del edificio—. Ahora déjame entrar.

El rostro de Gav se llenó de sorpresa justo antes de volverse en una mueca de rabia. Miró como Alex sacó de sus bolsillos algunas balas para recargar su arma. «Ese hijo de…», dijo Gav justo antes de apuntarlo con un rifle automático. «¡Maldito!», gritó y empezó a disparar.

Alex empezó a correr hacia el edificio, mientras intentaba esquivar la ráfaga. El hombre en la puerta aún la golpeaba intentando conseguir refugio. A las balas del rifle de Gav se unieron las del resto de sus hombres que se asomaban a las ventadas disparando contra Alex y los muertos vivientes que asaltaban el lugar.

La gente corría desesperada entre gritos y caos, algunos eran alcanzados por las bestias y otros eran golpeados por las balas. Vacío esfuerzo el de encontrar algún escondite en un legítimo campo de guerra. Debieron luchar por sus vidas. O eso era lo que se decía Alex para mitigar su culpa.

Sin detenerse, Alex avanzó a toda velocidad hasta la guarida de su enemigo. En la puerta, el cobarde hombre continuaba insistente con sus súplicas: «¡Ábranme! ¡No quiero morir!». Alex sorteó de un saltó unas pequeñas gradas que llevaban hasta la puerta principal. Aún en el aire, y con un rápido movimiento, Alex movió su mano para poner su revólver en la misma dirección que la nuca del hombre y disparó. Su cuerpo continuó con su viaje hasta estrellarse con fuerza, como era su intención, contra el hombre y la puerta, desbaratando la cerradura de la última y abriéndose ésta de golpe en el mismo instante. Ambos, él y el cuerpo del hombre, cayeron al suelo, ahora dentro del edificio.

De inmediato se puso en pie. Se encontró en un pasadizo estrello con puertas a ambos lados, y al final, unas escaleras que llevaban al siguiente piso. Abrió una de ellas esperando encontrar a Alisa. La primera habitación estaba vacía, la segunda también… y la tercera. Quizá tendría suerte en el segundo piso. Se apuró a las escaleras y empezó a subir.

A medio camino fue sorprendido; uno de los hombres de Gav venía a recibirlo con un cuchillo. Lazó una estocada contra Alex, pero este fue lo suficientemente rápido para esquivarla. Alex contratacó con un golpe al rostro del hombre; no se detuvo, siguió golpeándolo una y otra vez hasta que lo dejó fura de combate. Cayó por las escaleras hasta la base; Alex bajó para registrarlo y tomar las armas que cargaba. Lo primero que encontró fue una pequeña arma automática. Hubiera seguido buscando, pero un grito en la puerta principal del edificio llamó su atención. «¡Ayuda!», era un hombre buscando refugio; justo cuando estuvo por entrar al edificio, fue tomado por las piernas por varias criaturas. Se agarraba de la puerta intentando soltarse, pero las criaturas ya empezaban a comerlo vivo. El edificio sería invadido en poco tiempo, Alex debía apurarse.

Se levantó y subió al segundo piso en donde fue recibido por una ráfaga de disparos, obligándolo a esconderse detrás de una máquina expendedora de refrescos que yacía en el suelo. Dos hombres disparaban contra él, desde el otro lado de un pasillo, tan estrecho como el del piso de abajo, a excepción de aquella pequeña sección donde terminaban las escaleras y que daban pie a las que llevaban al tercer piso.

Si hubiera querido, Alex se habría movido hacia las escaleras, aprovechando la protección que la máquina le proveía, y subir al siguiente piso sin enfrentarse a los hombres, pero no había seguridad de que Alisa no estuviera en ninguna de las habitaciones del segundo piso, debía revisarlas todas.

Tomó, con su mano derecha, su recién adquirida arma automática y la asomó por encima de la máquina, disparándola contra los hombres. Al mismo tiempo, por el lado izquierdo de la misma, apuntó con su revólver a los dos hombres que se ocupan en esquivar las balas del arma

automática. Alex disparó su revólver y acabó con uno de ellos.

Sin esperar ni un momento, y aprovechando que su otro blanco se agachaba detrás de una mesa, se levantó y disparó contra ésta, golpeado a su objetivo repetidas veces, pero sin lograr terminarlo. El hombre, mal herido pero aún en pie, pateó la mesa lejos y disparó contra Alex, rosándole su pierna. Alex disparó su revólver hasta que estuvo vacío. Una vez que acabó con el hombre, se detuvo un momento a buscar munición en su bolsa; no halló más que una bala. Cargó el revólver con ésta, lo guardó en su cinturón, y empezó a abrir las puertas en busca de Alisa.

La escena de aquella habitación le causó gran conmoción: dos mujeres en una cama, medio desnudas, con marcas de agujas en sus brazos. «¡Hey! ¡Despierta!», dijo Alex a la que parecía más viva, dando suaves palmadas en su mejilla. «Busco a una niña», insistió, pero no encontró respuesta.

Casi a punto de entrar en desesperación, intentó levantarlas. «Debemos irnos», decía, pero sus esfuerzos parecían inútiles. Cuando hacía el último intento, un hombre irrumpió en el lugar, clavando un pequeño cuchillo en su espalda.

Alex reaccionó con rapidez; forcejearon en el suelo por un momento, cada uno tirando un golpe tras otro. En el fragor de la lucha, cayó al suelo una jeringa que alguien había dejado en una pequeña mesa de noche; el hombro rápidamente la tomó y la clavó en el cuello de Alex, inyectándole un poco de la sustancia que ésta contenía, hasta que Alex pudo alinear la pequeña arma automática contra el hombre. «¡Sabandija!», le dijo y apretó el gatillo vaciando el cargador por completo.

Alex botó el arma, arrancó la jeringa de su cuello, tomó el pequeño cuchillo y salió de la habitación. Buscó en la siguiente y en la siguiente, hasta que todo el piso quedó descartado. Debía continuar con el siguiente piso.

Corrió a las escaleras, y se dispuso a subir, no sin antes notar cómo, desde el piso de abajo, empezaban a llegar los muertos vivientes. Llegó, ahora más cuidadoso que antes, al tercer piso. Tenía heridas en el abdomen, la pierna y la espalda. Si quería triunfar debía ser sigiloso.

Miró y descubrió que en el pasillo no había ni un alma, pero era claro que el piso estaba repleto de hostiles. Podía escuchar detonaciones de armas al extremo opuesto.

Discretamente empezó a abrir puertas buscando a Alisa, pero solo encontraba mujeres medio muertas. Una de ellas lo estaba; tenía un orificio de bala en la cabeza; seguramente había muerto de sobredosis y le habían disparado para evitar que se convirtiera. Aquello perturbó a Alex, no porque no estuviera acostumbrado a la crueldad del mundo, sino

porque empezaba a perder las esperanzas de salvar a Alisa.

Comenzó a sentirse mareado y un tanto extraviado. Se apoyó sobre un buró para no caer. «¡Me abandonaste!», escuchó en su cabeza. Era la voz de Zia la que le reclamaba. «¿Por qué no me salvaste?», le repetía. Quizá estaba muerta porque Alex no fue a buscarla a tiempo. «Lo intenté», respondió él angustiado. Todo empezaba a moverse, y se le hacía más difícil caminar.

Salió de la habitación al pasillo, sosteniéndose de las paredes. Solo dos puertas le restaban por abrir. Se acercó a una de ellas, y sin pensarlo, la abrió. En el interior había tres hombres disparando por la ventana a los muertos vivientes que intentaban ingresar al edificio. Tan desesperados estaban que no notaron la presencia de Alex. «¡Maldición, siguen entrando!», decía uno. «¡Dispara, dispara!», dijo otro. Alex levantó el cuchillo y lo clavó en la cabeza del que estaba más cerca. «¿Qué…?», dijo el siguiente al darse cuenta.

Alex sostuvo el cuerpo del hombre al que acababa de matar antes de que callera al suelo, lo colocó al frente cubriéndose con él, mientras el otro se volvía para dispararle. Cargaba un gran rifle. Igual que los otros. Las balas vinieron como un vendaval, sobre Alex y el cuerpo que sostenía.

Alex cayó al suelo, todavía usando a su última víctima como escudo. Tomó el que había sido su rifle y contestó el fuego, terminando con el hombre.

El otro, el que no había sido capaz de reaccionar antes, soltó su arma y rogó por su vida: «¡Me rindo, me rindo! ¡Déjame ir!», pero Alex ignoró sus suplicas por completo. Volvió a accionar el fusil hasta que lo mató.

Como pudo se levantó y se dirigió a la habitación que faltaba. Abrió la puerta y encontró dos hombres que, al igual que en el cuarto anterior, se ocupaban disparando por las ventanas. «¡Malditos!», les gritó antes de matarlos a sangre fría.

«¡Alex, renunciaste a mí!», volvió a escuchar en su cabeza. «¡Mírate! ¡Eres un monstruo!». Quizá lo era. Un verdadero asesino. «¡Abandonas a todos los que te necesitan!». Zia, su familia, su tío. La pequeña Alisa. Ya todos podrían estar muertos.

Salió de la habitación y se apuró tambaleante hacia la escalera. De ella bajaban dos hombres armados con fusiles de asalto, como los otros. Alex apenas tuvo tiempo de atravesar una de las puertas que antes había abierto, para esconderse. Los hombres disparaban sus armas avanzando poco a poco. Seguramente estaba perdido.

No los veía, solo escuchaba los disparos. Se acercaban hacia su posición. Era el final. Decidió morir peleando. Salir y disparar contra ellos. «Lo

siento Alisa. Lo siento Zia». Cuando estaba por salir escuchó un grito. «¡Ayuda!», pidió uno de los hombres. Justo después escuchó el particular sonido que había escuchado tantas veces: los quejidos que hacen las personas cuando empiezan a ser devorados. Un muerto viviente había subido hasta el tercer piso, y muchos más le seguían.

El compañero del hombre que era atacado se volteó intentando ayudarlo. Disparó contra la criatura, pero su amigo ya estaba condenado. Miró aterrado cómo subían más monstruos por la escalera. «¡Ya están aquí!», gritó, seguro intentando alertar a los que estaban arriba.

Alex lo supo de inmediato. Era el momento para salir. Caminó fuera y vio cómo el hombre arremetía inútilmente contra los muertos vivientes. Cuando estuvo a su lado, lo golpeó con fuerza con su arma, y siguió a prisa hacia las escaleras que conducían hacia arriba antes de que las criaturas lo volvieran imposible. Tuvo que atacar a un par que estuvieron por atraparlo, pero logró alcanzar su objetivo. Sin detenerse, subió al último piso. Su camino estaba libre.

Abrió una puerta y no encontró lo que buscaba. Siguió con la otra, con similares resultados. Empezaba a sentirse más y más débil. Así continuó hasta que solo faltaba una puerta. De seguro en ella encontraría a Gav y Alisa. Antes de entrar, miró detrás y comprobó que el piso empezaba a llenarse de muertos vivientes.

Se preparó y abrió la puerta de golpe, accionando su arma contra la primera figura que encontró, el último hombre de Gav. Esta vez no tuvo tanta suerte. Su fusil se había quedado sin balas. Al verlo, el hombre se abalanzó sobre Alex, golpeándolo con su arma, enviándolo al suelo.

—¡Maldito! —dijo Gav desde atrás—. Mira lo que has causado.

—¿Lo mato?

—¡Cierra la puerta, idiota!

El hombre corrió a cerrar la puerta, después empujó un pequeño mueble contra ésta para asegurarla. Alex seguía en el suelo, mal herido y confundido.

—¿Dónde está Alisa? —balbuceó.

—¿Alisa? ¿Todo esto por una niña? Voy a servirte parte por parte a los infectados. ¿Acaso sabes lo que has hecho? Has destruido todo lo que he creado. Maldita basura. —Gav se acercó a Alex y lo pateó con fuerza en el rostro—. Ni siquiera creo que pueda esperar a eso. Voy a matarte ahora

mismo.

—¿Dónde está Alisa? —insistió.

—Alisa está ahí. —Se agachó a un lado de Alex y tomó su cabeza con fuerza—. Mírala. Está inconsciente por la golpiza que le he propinado.

La pobre niña yacía en una esquina, golpeada y cubierta de sangre. La culpa que Alex sintió solo se equiparaba con la confusión que lo abrumaba. Empezó a perder la noción de lo que era real. De repente Alisa desapareció frente a sus ojos. Zia tomó su lugar. Amarrada en una esquina, pidiéndole ayuda: «Alex, ¿eres tú? Libérame, por favor».

—¿Qué le has hecho? —preguntó Alex.

—Aún nada. Se defendió como una fiera. —Gav seguía sosteniéndolo. Tenía una perversa mirada mientras hablaba—. Supongo que debería agradecerte. Tú la trajiste ante mí.

«Alex, libérame», volvió a escuchar. Luchaba por no desmayarse, pero sus fuerzas se estaban agotando.

—Maldito —le dijo Alex—, estarás muerto en unos momentos.

Gav se levantó del lugar y lo miró en silencio por un instante. De repente empezó a patearlo con fuerza una y otra vez, en el estómago, en el pecho, en las piernas y por último en la cara, hasta que tuvo que detenerse para tomar un respiro.

—El que va a morir eres tú.

—Gav —interrumpió el otro hombre. Lucía bastante asustado—, el maldito tiene razón. Moriremos si no hacemos algo. —Al mismo tiempo algo empezó a golpear bruscamente la puerta. Del otro lado se escuchaban las hambrientas bestias.

—No seas cobarde… No moriremos aquí, podemos saltar desde esa ventana —y señaló una a un costado de la habitación— al edificio de al lado.

—Ese edificio es dos pisos más pequeño. Saltar desde aquí es casi un suicidio. Y aunque lográramos saltar, que haríamos después. Mira a afuera. Está repleto de infectados.

—Puedes quedarte aquí haciéndole compañía a esta basura si así lo prefieres. Yo me marcho.

Se escuchaban gritos y disparos por todas partes. El lugar era un verdadero infierno. Gav caminó hasta donde Alisa, la levantó y la puso en su hombro. «¿Vienes o no?», le preguntó a su perturbado compañero.

—…Por supuesto.

—Bien. Toma esa escopeta de ahí. Dispárale a ese maldito en una rodilla. Quiero que esas bestias se lo coman. —La puerta empezaba a ceder. Es unos minutos los muertos vivientes ingresarían.

El hombre tomó la escopeta y se acercó al malherido Alex, quien permanecía aún tumbado en el suelo. Colocó el arma sobre su pierna y se preparó para disparar. «Espero que mueras lento», le dijo, y movió su dedo hasta el gatillo. Un segundo después un disparo se escuchó en la habitación. El hombre que sostenía la escopeta, cayó muerto en el mismo instante.

Alex levantaba su mano, empuñando su viejo revólver, había usado la única bala que le quedaba para acabar con el último de los hombres de Gav; ahora solo quedaba él, pero no tenía nada más con qué defenderse.

Sin saber que Alex se había quedado sin balas, Gav soltó a la niña y se apuró a atacarlo. Se lanzó sobre él, golpeándolo con sus puños una y otra vez. «Mue…re. Maldito», decía. Alex apenas respondía, había usado todo lo que le quedaba.

Sin poder hacer nada para evitarlo, Alex miró como Gav puso sus manos alrededor de su cuello y comenzó a asfixiarlo. «Alex, ¿no ibas a salvarme?», escuchaba mientras moría.

—Lo… sien…to… —se escuchaba.

—¡Muere! —replicó Gav con esfuerzo.

«Alex, ¿estás ahí?», preguntó la voz. Alex, a punto de morir, miró a un lado y vio a Zia, de pie junto a ellos. Su hermoso rostro y su perfecto cabello negro. Aquellos bellos ojos azules; el reflejo de la pureza de su corazón. ¿Estaba ahí para despedirse, o quizá para recibirlo? Ninguna de las dos. La imagen de Zia se desvaneció, y pudo mirar la realidad. Aquella que estaba de pie junto a ellos era Alisa.

—¡Gav! —gritó con lágrimas en sus ojos. Cargaba la escopeta que el último hombre de Gav había dejado—. ¡Déjalo! ¡Déjalo!

Que grande fue la impresión que sintió Gav. Su mirada lo reflejaba. Era solo un cobarde. Soltó a Alex y se arrastró lejos de él rogando por su

vida:

—Alisa, ¿qué haces? Yo soy tu familia, soy lo único que te queda… Suelta esa arma, no tienes que hacer esto… Desde ahora voy a cuidarte… Lo prometo… Me iré. ¿Es eso lo que quieres? Me iré y te dejaré con esta persona. Voy a…

Alisa sostuvo el arma tan fuerte como le fue posible y apretó el gatillo, disparando la escopeta contra el rostro de su primo. Lo único que quedó fue una horripilante figura.

La niña estuvo paralizada por un momento, de pie en aquella habitación, rodeada de muerte. Miraba a todos lados lamentando su suerte; lamentando lo que había tenido que hacer. Fue hasta que miró a Alex que volvió a tomar fuerzas.

—¡Alex! ¿Estás bien? —preguntó la niña llorando. Se acercó a Alex y lo levantó para recostarlo contra la pared—. Alex, dime algo.

Alex respiraba con dificultad. Su mirada parecía perdida. Alisa lucía desesperada, los muertos vivientes rugían al otro lado de la puerta.

—¿Alex?

—Debes saltar, Alisa. Por esa ventana. Debes intentarlo.

—Está bien, Alex. Vamos, rápido.

Alex movió su cabeza de izquierda derecha y de vuelta. Estaba en muy mal estado. Seguro de que no iba a ser capaz de continuar, deseaba que la niña siguiera por su cuenta. Ambos se quedaron en silencio un instante, mientras las bestias golpeaban a la puerta. Un momento después, Alex habló:

—¿Sabes?, nunca conocí a mi padre, murió antes de que yo naciera. Mi madre intentó cuanto pudo para que su afecto fuera suficiente, pero yo fui muy ingrato… No sé por qué, simplemente soy así.

—Alex…

—Cuando era niño siempre escapaba de casa. Me sentaba solo en alguna banca, odiando al mundo… Nunca encajé, miraba a las personas y no encontraba nada interesante en ellas.

Alisa miraba desconcertada; ¿cómo era posible que Alex hablara de tales cosas cuando era obvia la urgencia en la que se encontraban?

—Alex, debemos apurarnos.

—Mi madre volvió a casarse… Odié al tipo desde el primer momento. Es curioso, ¿no?, cómo de algo que odias puede salir algo tan bueno.

—Ya no hay tiempo, Alex, están a punto de entrar… ¡Vamos, levántate!

—Lo siento, Alisa. Debes ir sin mí. Ve.

—No. No iré sin ti. —Las lágrimas bajaban por las mejillas de la niña—. Si no vienes conmigo entonces voy a quedarme.

—No puedes quedarte, Alisa. Debes irte. Debes luchar.

—¿Por qué soy solo yo quien debe luchar? Si no vienes estoy sola ¿Por qué vivir así?

—Ve, Alisa. —Alex estaba casi muerto.

Uno de los golpes abrió un agujero en la puerta. Las bestias estaban por ingresar. Alex volvió a insistir:

—¡Anda, debes salvarte! ¡Debes hacerlo!

—Pero… Alex… No quiero hacerlo sin ti.

—Siempre estaré contigo. —Alex levantó su mano y acarició levente la mejilla de Alisa—… Te pareces mucho a ella. La única persona que amé en mi vida. La dulce Zia. Desearía haber podido verla, aunque fuera una última vez… ¿Dónde estará ahora? ¿Se encontrará todavía aquella pureza en sus ojos? Pobre Zia. ¿Dónde estará mi dulce hermana?

Capítulo 8

Oleg

«¡Ustedes dos! ¡Despejen esa zona!», gritó el Oleg. Los hombres acataron aquella orden como si quien la dijera fuera su padre. Pero no era así, apenas lo conocían. Oleg les había salvado la vida, a ellos y al resto de su grupo, escasos días antes. Tal hazaña bastó para que ganara su confianza.

El lugar era un campo de batalla; entraron por un hueco en el muro, el mismo que los muertos vivientes usaron momentos antes; decenas de ellos. El que había abierto Alex momentos antes.

Personas corrían en desesperación intentando escapar a las desagradables criaturas. Gritaban y suplicaban. Pedían ayuda a Oleg y sus hombres, pero él no estaba ahí para salvarlos. Se arriesgó a entrar al lugar por una razón muy específica; momentos antes había visto a su sobrino estrellar un vehículo contra la muralla. Lo había visto bajar del mismo e iniciar una lucha. De inmediato, y aunque hubo alguno de sus acompañantes que intentó detenerlo, decidió seguirlo al interior, porque sabía que, si no lo hacía, Alex moriría.

Se abrió camino hasta el interior del edificio. Allí danzó solemnemente al compás de la melodía de la muerte, desafiando a la oscuridad más intensa que jamás presenció. Sorteó la densa lluvia de embestidas y emitió un vendaval de golpes letales, todo para seguir el camino de su sobrino. Solo por la posibilidad de que todavía existiera alguna esperanza.

Miró atrás y encontró a sus hombres. No pudo eludir la angustia; la inquietud de sacrificar a alguno de ellos, o quizá a todos y a él mismo. El rozar de la muerte ardió con fuerza hasta que decidió que si aquel iba a ser su final lo aceptaría sin reproche. Fue entonces que todo fue más fácil. Ascendió a un nuevo estado de conciencia. Sintió el frio del sudor corriendo por su frente y las partículas de sangre que salpicaban en su rostro. El peso de la enorme arma que cargaba pareció ausente y el placer de acertar un golpe potenciaba al siguiente.

Cuando destrozó lo que quedaba de la puerta, encontró a Alex inmóvil. Además de él encontró varios muertos vivientes. Una niña luchaba contra ellos.

Capítulo 9

El Camino a Seguir

«Vi aeronaves viajando hacia el oeste», dijo Oleg al pie de la cama. Llevaba varios días visitando el lugar. Semanas incluso. Cada día repetía lo mismo.

La mañana había iniciado antes de lo habitual. Incluso más cálida; forasteros difícilmente hubieran coincidido, pero para Oleg aquello era más que un regalo en pleno invierno:

—Hace calor. —Incluso agitó su camisa varias veces para que el aire lo refrescara.

El joven pensó que exageraba, y es que así era con todo.

—Ni hace calor, ni hace frio.

—Si estuvieras allá afuera, trabajando como ellos, pensarías diferente.

Afuera del edificio, varios hombres se desempeñaban en diferentes labores. Algunos martillaban, otros recogían, varios más vigilaban.

—Preferiría estar ahí afuera. —Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. No se había recuperado por completo. Renqueaba un poco, incluso. Tenía vendas por todo su cuerpo—. Solía gustarme, pero ahora no soporto recluirme entre paredes. No veo la hora de salir de aquí.

—¿Y si vinieras con nosotros? —preguntó Oleg.

—¿A dónde, tío?

Hubo un escandaloso silencio.

—¿Por qué no lo has preguntado, Alex?

Alex abrió la ventana y se inclinó, recostando sus brazos sobre el marco de la misma.

—Porque no me importa.

Había esperado cualquier otra respuesta.

—¿En verdad no te importa? ¿No quieres saber nada? Lo qué sucedió con ellos o por qué no están conmigo, ¿no quieres saberlo?

—No.

—Están todos muertos. Todos y cada uno de ellos.

Alex no dijo nada.

—¿No quieres saber cómo? —volvió a insistir su tío Oleg.

—No.

Su tío caminó hasta la venta. Se paró a su lado.

—Son buenas personas —Oleg los señaló; a los hombres que trabajaban en el lugar. Ninguno de los familiares de Alex estaba entre los miembros el nuevo grupo de su tío—… O eso creo… Somos quince, Alex. Todos cooperan, son un buen grupo.

—¿Por qué fortifican este lugar? ¿No iban irse pronto?

—Esas aeronaves viajaban rumbo al oeste. Al oeste de aquí no hay ninguna ciudad por muchos kilómetros. Iremos en cuanto tengamos recursos suficientes. Comida, vehículos, agua y armas. Este lugar es tan bueno como cualquiera, viviremos aquí hasta reunir lo necesario.

—Este lugar es el infierno, tío.

—Lo vi todo, Alex. Desde aquella colina. Vi cuando inició. Justo cuando atravesaste el muro con ese vehículo. Si no te hubiera reconocido, y después seguido al interior, ahora estarías muerto.

—¿Quieres que te agradezca de nuevo?

Su tío sonrió con descaro.

—Quizá no estaría de más, Alex.

—¿Han conseguido bastantes recursos ya? Necesito agua, comida, y sería maravilloso si pudieras conseguirme un vehículo.

—Vimos aeronaves, Alex. Eran de los nuestros… Ven con nosotros.

—Vi una también.

Su tío se iluminó por un momento. Quiso celebrar nuevamente, justo como lo hizo el día que tuvo su avistamiento, pero después se distrajo por

la actitud de su sobrino. Parecía no importarle. Incluso sintió algo de molestia, tenía varios días mencionando a Alex las aeronaves y él no se había dignado a devolver el gesto.

—¿Y no te emociona, Alex?

—Lo hizo en el momento. A pasado mucho desde eso.

Oleg hizo una pausa.

—¿Por qué no quieres saber qué pasó con tu familia?

—Porque no me importa, tío… Si es que sientes culpa, por cualquier razón en especial, yo no puedo ayudarte. Yo no soy inocente.

Quizá si se sentía culpable, alguna inquietud llegó a su mirada. Lo eludió rápido:

—¿Por qué dices no ser inocente?

—¿No has visto este lugar? ¿Acaso no viste lo que sucedió? Muchos murieron aquí y todo por mi culpa. Algunos lo merecían, pero otros solo eran prisioneros… Todo por dejar a la niña con esos monstruos.

—No los conocías.

—Tampoco conocía a mi familia. Aunque sé que ellos no eran inocentes.

Alguna inquietud que se negaba a desaparecer enmudeció a Oleg por un momento. Cuando el silenció le fue suficientemente incomodo, volvió a insistir:

—¿Y si vinieras con nosotros?

—¿A dónde, tío?

—A cualquier lugar… A buscar las aeronaves.

—No hay nada ahí para mí.

—Solía ser fácil convencerte de algo.

—He cambiado tanto que dudo que alguien del viejo mundo podría reconocerme… Eso me gusta.

—No puedo descifrarte, Alex. No sé cómo te sientes.

—Estoy bien, tío... Me alegro de que tú estés bien, pero no puedo ir contigo.

—¿A dónde irás? ¿Al sur tal vez? Zia se ha ido, Alex. —Lo dijo seguro de que Alex se voltearía y lo golpearía. Pero sintió que debía decirlo—. Sé que no quieres aceptarlo, pero nunca la encontraras. Se ha ido. —Desde que lo había encontrado no le había mencionado nada al respecto.

—Lo sé —dijo Alex, con tono sombrío.

Fue algo inesperado. Ahora si estaba seguro de que nunca podría descifrar los pensamientos de su sobrino. Alex notó la confusión de su tío. Sintió que merecía una explicación:

—Vi la ciudad… Lo que quedaba de ella. No hay nada vivo allí. Es un enorme y ruidoso cementerio. Por perseguir un sueño gente inocente salió lastimada. No volverá a suceder.

Alex no revelaba emoción alguna en su semblante, pero su tío imaginó que la desolación se había apoderado de su sobrino.

—¿Crees que Zia te reconocería?

—Quien sabe, quizá es mejor que nunca lo sepa. Con Zia siempre fui diferente que con los demás. No se cómo sería a su lado ahora… Siempre me hizo feliz. Yo deseaba que ella también lo fuera, quería que algún día se casara con un buen tipo y que tuviera una linda familia. Que cumpliera todos sus sueños, que consiguiera el empleo que quisiera… Supongo que, si la hubiera encontrado, nada hubiera cambiado, no con ella. Eso quiero pensar.

Oleg también recordó a Zia. Qué joven tan esplendida. Deseo verla de nuevo, pero sintió que era imposible.

—Si no al sur, ¿dónde iras entonces?

—Al norte. El abuelo de Alisa vive allí. Voy a llevarla… Esta vez me aseguraré de que la dejo con la persona correcta.

—¿Vendrás después?

—No lo sé. A lo mejor me quede con ella.

—Quizá no deba decirlo, pero Alisa se parece mucho a Zia. —La señaló desde la ventana. La niña recogía flores en un jardín frente al edificio.

Alex se volteó hacia su tío y le palpó el hombro gentilmente. Caminó hasta

la cama y se acostó en ella.

—Quizá se parecen un poco.

Su tío se volteó frente a la cama.

—¿Sabes?, no creo que seas una mala persona, Alex. No creo que seas culpable de lo que sucedió aquí. Incluso creo todos ellos están mejor ahora… Eres una buena persona.

—Cuando supe el peligro que corría la niña, sentí mucha culpa. Incluso por nuestra familia... O eso pensaba. Cuando desperté y te vi a mi lado, sentí un gran alivio. Era por ti que me preocupaba… —Se cobijó. Su tío sintió más calor solo de mirarlo, pero la verdad es que la temperatura era bastante agradable—… No soy una buena persona. Soy culpable.

—Quizá todos lo somos.

—No me interesa juzgarte, tío. Eso tendrás que resolverlo tú mismo.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé… Ya no lo sé. No sé qué busco… no sé qué buscaba.

Su tío se quedó pensativo. Volvió a mirar por la ventana, a todas las personas, y no encontró la niña. Sin decir nada, salió de la habitación y bajó las escaleras. En algún lugar del camino se encontró con Alisa. Le sonrió gentilmente.

—¿Se ha despertado Alex ya?

—Quien sabe, niña. Anda a verlo. Seguro que le encantarán esas flores.

—¿Estás seguro? —Se notó algo de preocupación en su voz.

—No te preocupes… Le he dicho que venga conmigo, al oeste, tras la pista de las aeronaves, pero Alex no quiere dejarte. Quiere ir contigo… llevarte hasta donde tu abuelo.

—¿Y su hermana? ¿No debería ir a buscarla?

Oleg volvió a sonreír. No le dijo nada más. Salió del edificio y caminó hacia uno de los hombres que martillaba unas tablas en una de las secciones del muro, y le pidió el martillo. «Descansa», le dijo y empezó a martillar. El hombre se quedó a su lado.

—¿Alguna vez has estado en Valle Grado, Sam? —preguntó Oleg.

—¿Al sur, cruzando la ciudad...? La verdad es que no.

—¿En serio? Hace calor ahí, pero es un lugar hermoso.